Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

El Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM Una huella que perdura

Héctor Daniel Dávalos Martínez

Es viernes; la monotonía de la tarde se ve interrumpida por el timbre del teléfono de mi oficina en la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. Me anuncian que al otro lado de la línea se encuentra el doctor Pedro Salazar Ugarte, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. De inmediato reconozco su tono amable y su inconfundible voz jovial. Siempre me ha dispensado un trato afectuoso —digamos que muy afectuoso—, pero no por ello deja de inquietarme su imprevista llamada. Una vez terminados los rituales del saludo, entra en materia y de pronto pronuncia las palabras que habrán de sacarme de la rutina y harán que a partir de ese momento regrese el tiempo en el reloj de mi vida, y que, mientras éste retrocede, yo me ponga a hurgar en el cajón de mis recuerdos para buscar algo que tiene mucho que ver con mi propia historia y esencia. Me ha invitado para que escriba unas líneas sobre mi paso por el Instituto que ahora él dirige.

Una vez aclarado que no se trata de preparar un texto académico —lo que, por cierto, no es mi fuerte—, acepto con gusto la invitación de Pedro. ¿Cómo negarme?

Durante varios días imagino mil formas de asomarme a esa etapa de mi vida, tan significativa para mí, pero el tiempo transcurre y ya próximo a agotarse el término para entregar el texto, decido escribir estas líneas, con la intención de que sirvan más bien como una especie de agradecimiento y un sentido homenaje a todos y cada uno de quienes han formado parte de esa gran comunidad académica que tanto ha legado a México.

Pretender nombrar a todos con quienes tuve la suerte de convivir en el Instituto resultaría en una larga —muy larga— lista de nombres y con ello

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

siempre se corre el riesgo de hacer omisiones y asumir las consecuencias. Además, pienso que eso no tendría mayor interés, pues el lector de sobra sabe quiénes son tan insignes personajes y, seguramente, tendrá mejores historias que contar. Sin embargo, mi historia personal también tiene algo que contar, pues habría seguido otro curso de no haber sido porque la recordada maestra Marta Morineau Iduarte se atravesó en mi camino. Ella es la causante de que el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM sea parte fundamental en mi vida desde hace más de treinta y cinco años.

Marta fue mi maestra de Romano I, en el primer semestre de la licenciatura en derecho, allá por el otoño de 1978. Disfruté tanto su curso que, sin dudarlo, me inscribí con ella en Derecho Romano II; fue ahí donde comenzó esta historia. Junto con Enrique, Sergio, Eva y Gaby, amigos muy queridos desde el primer día en la Facultad, hice muy buenas migas con la maestra Morineau, quien muy amablemente se ofreció para orientarnos en aquel difícil trance que implicaba escoger maestros para inscribirnos en sus cátedras. Puntualmente acudíamos a ella y según veía nuestras inquietudes y habilidades nos sugería con quien anotarnos. Poco a poco crecía nuestro grupo de amigos, siempre unidos en torno a Marta. Llegado el momento, y así, sin más, nos dijo: "Para estudiar derecho constitucional no tienen otra opción, es con Jorge Carpizo, no hay más".

¡Todos recordarán la angustia que sentíamos la víspera del día de inscripciones! El insomnio, al menos en mi caso, giraba en torno a cómo lograr un espacio en la clase del profesor que quería; luego, al despertar, venían las carreras para ir de un aula a otra y tratar de apuntarte en la lista de inscripción. En los grupos había sólo cien lugares y el doctor Carpizo era de los más solicitados, por lo que era muy difícil conseguir un lugar. Sin embargo, con un poco de astucia y una pizca de agilidad, nuestro grupo de amigos logró la proeza: conseguimos anotarnos en su curso. Ese día cambió mi historia. ¡Sin duda alguna!

La cátedra del doctor Jorge Carpizo fue una verdadera delicia, la disfrutamos mucho y con gusto preparamos el examen final. Sus charlas, como en otros casos, habrían de dejar honda huella en mi formación académica. Luego, cuando llegó el momento de despedirnos de él, al final del curso, nos llamó a varios de los compañeros que asistimos a su cátedra. Ahí estábamos Gaby Sánchez Luna, Enrique Guadarrama, Eva Cervantes, Sergio López-Ayllón, Zoyla H. León, Sergio Inclán y yo. Así, de pronto, nos comentó sobre el programa de becarios que funcionaba en el IIJ y nos invitó, por si nos interesaba, a que conversáramos con el secretario académico. Sin dudarlo, todos aceptamos la invitación e hicimos cita para entrevistarnos con él.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Era el otoño de 1980. Nos recibió un hombre joven que apenas rondaría los veintiséis años y que nos explicó con claridad cuál sería nuestra responsabilidad y cuáles las ventajas que nos daría estar en calidad de becarios a cambio de una simbólica retribución. Ese día conocí a Jorge Madrazo.

A partir de esa fecha y hasta el día de hoy Jorge y yo somos muy buenos amigos, si bien la distancia física no permite que nos veamos con la frecuencia que nos gustaría. A él le debo muchísimo. Movido por el afecto, siempre me invitó a colaborar de manera muy cercana, no sólo en el IIJ, sino en todas las responsabilidades que posteriormente tendría como servidor público. Ahí estuve, a su lado, tratando de hacer mi mejor esfuerzo y buscando no defraudar su confianza. Nuestras familias son cercanas y siempre que nos vemos recordamos los tiempos que hemos compartido, unos más buenos que otros, siempre con respeto, cariño y profundo agradecimiento por todo el apoyo que siempre me ha brindado.

Concluido el trámite de ingreso como becario, fui asignado a trabajar en la Biblioteca del Instituto, que en ese tiempo encabezaba Marta Morineau. Al salir de las clases de la Facultad, a las once de la mañana, recorría el breve trecho que nos separaba de la Torre II de Humanidades. Ahí, junto con mis infaltables amigos, apoyábamos en lo que se nos pedía. En el Instituto nos enseñaron a trabajar con constancia, entusiasmo y, lo mejor de todo, a disfrutar lo que hacíamos. Verdaderamente tenía sus ventajas ser becarios, toda vez que estábamos muy cerca de los académicos —ya desde entonces sobradamente acreditados—, con quienes podíamos tratar cotidianamente y, poco a poco, ir trabando amistad. En esa diaria convivencia era natural el continuo aprendizaje; así conocimos a muchos personajes del mundo jurídico nacional e internacional y, poco a poco, se fue forjando nuestra historia personal.

Recuerdo muy bien que en los primeros días posteriores a nuestro ingreso, mientras la Biblioteca estaba cerrada porque el personal había salido a comer, estando todos los becarios reunidos en una de sus mesas, de repente se abrió la puerta y apareció una señora, joven aún, y comenzó a disparar con su cámara y a tomarnos fotografías. Nosotros nos sorprendimos mucho, y más todavía cuando nos dijo que se estaba organizando la comida para festejar la navidad y el fin de año —ya próximos— y que estábamos todos invitados a participar. Nos comentó que había una pequeña cuota de recuperación, que en nuestro caso sería meramente simbólica y, claro está, ninguno de nosotros se negó a asistir.

Así fue como conocí a María Antonia Peñaloza, nuestra querida Toña. La fotografía todavía la conservo; desde luego que el tiempo ha transcurrido, dejando su inevitable huella, e incluso a varios les cuesta trabajo reconocerme

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

entre las personas que ahí aparecemos. Pero Toña está idéntica y con el mismo espíritu animoso que siempre la ha caracterizado. A partir de esa fecha, un año tras otro participé en las fiestas de fin de año que ahí se organizaban. Tiempo después —ya como secretario administrativo— más de alguna vez me correspondió organizarlas, y puedo asegurar que siempre el resultado era una reunión agradable y largamente esperada durante todo el año. Así, la marimba, la cochinita pibil y el baile decembrino fueron parte de mi vida durante mucho tiempo.

Por esas fechas, un cercano colaborador del doctor Carpizo, al regresar de unas vacaciones de navidad, fue invitado para hacerse cargo de la Secretaría Administrativa del Instituto. A partir de entonces combinó sus estudios y su noviazgo con la enorme responsabilidad que tenía en su nuevo encargo, a la vez que comenzaba una trayectoria siempre ascendente que lo llevaría a ocupar diversos cargos de importancia, algunos en la propia UNAM y varios más como servidor público. Así conocí a Luis Raúl González Pérez y desde entonces siempre me he visto privilegiado con su amistad, trato amable y enorme generosidad. Actualmente me honro en acompañarlo en su más reciente responsabilidad al frente de la CNDH. Espero no defraudarlo.

Al iniciar 1985 y transcurridos apenas unos cuantos meses del nombramiento de Jorge Madrazo como nuevo director del IIJ, Braulio Ramírez recibió una encomienda del rector —el doctor Carpizo— y tuvo que dejar la Secretaría Académica, cargo al que había sido designado. Por ello, Jorge Madrazo invitó a trabajar como nuevo secretario académico a un investigador que al regresar de un posgrado en el extranjero había ocupado diversos cargos en la UNAM y la propia Secretaría Administrativa del Instituto. Fue así como conocí a Jesús Orozco Henríquez. Poco a poco nos fuimos haciendo amigos y con mucho agrado recuerdo que con frecuencia me invitaba a comer a su casa y ahí convivíamos con sus pequeños hijos. En las charlas de sobremesa, por ejemplo, atestigüé el proceso de selección de la escuela primaria en la que los matricularon; desde luego que el tiempo ha pasado y hoy los dos son unos abogados exitosos. ¡Cuántos momentos agradables a partir de entonces he pasado a su lado!

Recuerdo también con agrado que un día nos encontrábamos en la Biblioteca del Instituto, el secretario académico, junto con varios investigadores, los técnicos académicos y nosotros, los infaltables becarios, en una reunión que se llamaba "Avance Jurídico", en la que se procedía a analizar y clasificar los artículos de las publicaciones periódicas que se habían recibido durante el mes, para asignarles las voces que permitirían su localización. Cabe destacar que para poder realizar este trabajo, ese día se suspendía el servicio

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

de biblioteca y hemeroteca, y que, a pesar de anunciarse con anticipación, en muchos casos esto, naturalmente, provocaba la molestia de los usuarios que no se habían enterado oportunamente.

El trabajo se efectuaba con un procedimiento diseñado al efecto, en el que cada uno iba señalando en voz alta el artículo y las voces de clasificación que le correspondían, a partir de un listado preparado por los expertos en cada una de las ramas del derecho. Una de las voces era el vocablo anglosajón *tort* y, casualmente, ese día varios artículos correspondían a esa figura jurídica, razón por la cual durante un buen rato se estuvo mencionando en voz alta. Un usuario inconforme por la suspensión del servicio permanecía fuera de la Biblioteca, y de repente abrió la puerta y visiblemente alterado gritó que cómo suspendíamos el servicio para estar pidiendo a gritos unas tortas. ¡Ya podrán imaginarse la risa de todos los que ahí nos encontrábamos!

Podría relatar muchas anécdotas que me tocó presenciar e incluso protagonizar involuntariamente durante mis años de feliz estancia en el Instituto, como fue la mudanza de la Torre II de Humanidades al flamante inmueble con el que se inauguró la Ciudad de la Investigación en Humanidades, la polémica que despertó el color de su exterior, el crecimiento de la plantilla académica y administrativa, la llegada de nuevos amigos, la preocupación por cumplir las metas, la partida de compañeros hacia nuevos horizontes y, en fin, tantos y tantos recuerdos que se me agolpan, pero considero que es mejor detenerme ahora y buscar otra oportunidad para compartirlos adecuadamente.

Sin embargo, no quiero terminar estas líneas sin hacer una emotiva mención del maestro Héctor Fix-Zamudio, quien generosamente me abrió las puertas de su cubículo sin que hubiera ningún atractivo intelectual o académico que yo pudiera ofrecerle. Tal vez simplemente el hecho de llevar su mismo nombre me permitió acercarme a él. Ahora sé que fue su gran paciencia y amabilidad lo que me llevó hasta su casa y me permitió convivir con doña Cristina y sus hijos, en especial con mi querido tocayo, Héctor Felipe. Ahí compartimos largas charlas, acompañadas de buena música y deliciosos bocadillos, que luego me ayudaron a tomar decisiones importantes en mi vida personal y profesional.

Por ello, no tengo más que palabras de agradecimiento para mi querido maestro. Su amistad, orientación constante y apoyo me han impulsado a intentar seguir su ejemplo. Sin embargo, debo confesar una deuda que tengo con él, pues a pesar de su cariñosa insistencia para que realizara yo estudios de posgrado, me temo que voy a terminar mis días siendo, felizmente, licenciado. Hoy me acompaña el recuerdo de tantas veces que he estado en su

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

casa, con sus hijos, su familia política y ahora sus nietos. Todos ellos, siempre, siempre, me han hecho sentir uno de ellos.

Creo ahora necesario retomar el motivo inicial de estas líneas que comparto con ustedes: la huella que en mí perdura de esa época. El Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM me ha marcado de por vida, pues estoy convencido que cada uno de los momentos que ahí pasé y todas las personas que conocí han ido moldeando mi forma de ser.

No quiero despedirme sin dejar de mencionar que, a pesar del tiempo transcurrido desde que dejé el Instituto —en julio de 1990—, cada vez que regreso me siento parte de su comunidad. En ese espacio pareciera que el tiempo se detiene sólo para mí, porque cuando vuelvo a ese querido recinto encuentro el rostro amable de su personal, así como el afecto y cariño que me dispensan. Todo ello me anima, durante las actividades que realizo diariamente, a tener en todo momento presente y a mantener ese íntimo orgullo que me da saber que ahí pasé muchos de los años más felices de mi vida. Es por eso que mi pertenencia al IIJ me acompañará por siempre.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas